

y en tal forma, la vida es el continuo luchar, y no hay lucha ni trabajo verdaderos sin la constancia y abnegación del sacrificio. Reúne la juventud los más preclaros dones de la naturaleza, cuales son el vigor para el esfuerzo, el entusiasmo febril para la lucha, la actividad e iniciativa para todo género de empresas, el arranque generoso del corazón, aún no probado por el desengaño; pero es, asimismo, asiento y semillero de las humanas pasiones, que inician su eclosión y reclaman un encauzamiento por las sendas del bien y la justicia.

Tal el resplandor que ha de fulgir en medio de la noche tenebrosa en que está sepultado el universo: ese movimiento que ha de iniciarse dondequiera hacia la recristianización de la humanidad, una vez que ésta, por dura experiencia, se ha llegado a convencer de que no reside en la estabilidad de los tratados y convenciones de los hombres, ni en la fuerza y el poderío estatales, la tranquilidad universal, sino que ella es firme solamente cuando se alza la mirada por encima de todo lo terreno y se fija en la luz de las normas evangélicas que, por espacio de veinte centurias, han resuelto felizmente todos los problemas. Sólo sobre el fundamento incommovible de la verdad, única garantía de supervivencia y bienestar, podrá el mundo orientarse hacia el progreso y penetrar por rumbos francos de prosperidad y bienandanza. Con ese basamento de semejante raigambre, podrán los futuros conductores de la cosa pública, que hoy, como siempre, se están formando al calor de las disciplinas que brinda a sus educandos ésta que con todo rigor y precisión ha sido llamada **cuna de la república**, y pondrán muy en alto el nombre de la patria, encauzados como están y deben serlo, por el camino de la verdad, ya que, aplicando la frase del filósofo, la mente humana permanece siempre en inquietud constante, mientras no repose en el santuario de la verdad, y en consecuencia también de la máxima inspirada que se lee en la Escritura: "La verdad es la única capaz de hacernos libres."

Marco F. Moyano Forero

## SIGNIFICACION POETICA

### I

Hace ya más de un siglo que Byron, el euforión goethiano, atormentado por la llama caudalosa de su inspiración poética, llamóla demonio: "demon poetry". No fue aquella la primera vez que se apellidó de tal modo esa fuerza incomprensible; años después, Goethe, que describió el drama poético, es decir, el drama humano, invocaba su demonismo para decirle a Eckermann: "En la poesía hay algo de demoníaco, especialmente en la inconsciente, que no puede explicarse por el entendimiento ni la razón y que, por lo tanto, sobrepasa todos los conceptos." No esperemos que el misterio poético sea descifrado por Becquer, diáfano manantial de donde arrancan las más puras voces de la poesía española, pues esta vez nos dice que "sobre la poesía no ha dicho nada casi ningún poeta".

Acudamos entonces a un filósofo: nadie más autorizado que Platón. Pero Platón, que a veces dialogaba bajo la estrella inefable de la poesía, buscaba el origen de la inspiración en los dioses, dioses que entonces eran también demonios; en el diálogo *Ion* nos muestra a los poetas poseídos de un arrebatado misterioso y divino, igual al que bullía en los adivinos, descubriéndoles el porvenir, fuerza que enlazaba a los poetas e intérpretes con las divinidades, en una atracción semejante a la que producía la piedra magnética de Heraclea. Pero se dirá que en Platón el entendimiento aún no se había desligado del Olimpo. Busquemos, pues, un hombre en quien la imaginación no ensombrezca la lucidez de la razón; es Valéry, inteligencia mediterránea; su teoría de la exhaustación es ésta: La poesía es lo que queda en un poema, después de quitar todo lo que no

es poético. Pero esto no es más que un efugio desconcertante, y el enigma de esta forma esplendente de belleza aún nos desvela.

No esperemos una explicación del demonio, que no ha vuelto después del pacto con el doctor Fausto; aunque la aguja de la razón no está inmóvil y persigue sobresaltada la causa de este sentimiento estético. Será que no hemos indagado bastante; es verdad. Muchos otros poetas y filósofos han tratado, no ya del ser de la poesía sino de su misión. Holderlin y Rimbaud ansiaron hacer de ella una nueva religión, como haría Mauclair con la música, e invistiéndose sacerdotes, se sintieron destinados a guardar aquel fuego sagrado; y si Lessing señaló los límites de la poesía y el arte, analizando el grupo de Laoconte, Nietzsche, proponiendo a Goethe como modelo, escribió sobre la poesía del porvenir, apartándola de falsos sentimentalismos y haciendo la expresión del orden y de fuerza; Tolstoi ridiculizó el simbolismo en su afán de convertir la poesía y el arte en un nuevo credo de meditaciones sociales; Maritain colocó sus fronteras en el infinito, aspirando a hacer de ella un templo donde sólo se escucharan los coros cristianos; otro proponía no hace mucho, como fin del poeta, cantar los problemas actuales buscándolos en el corazón del pueblo, y uno nuestro hacía una invocación patriótica al poeta como indicador de nuestro futuros destinos.

Mas la poesía no puede tratarse como un asunto sistemático, sino que es un problema genético o de ser. Y, además, ¿hemos comprendido ya el significado de la poesía? No. La razón sigue en vigilia, persiguiendo la verdad o una verdad; vana sería la pretensión de encontrarla. La verdad de nuestros interrogantes debe ser, tiene que ser una, inamovible y categórica; mas, nuestras verdades, las verdades humanas, están siempre en el camino del devenir. La ley es fatal: el alma y el pensamiento, moviéndose infatigablemente, anhelarán perpetuamente encontrar esa verdad, perenne e invariable, divina y duradera a través de nuestras concepciones falibles. No. La crítica no busca, como afirmaba Renan, el continuo movimien-

to del pensar y del ser; es que, arrebatado nuestro espíritu por el devenir, quiere afanosamente descansar en el ser. ¿Es esto posible? Taine lo dudaba cuando decía: "L'esprit se repose dans l'impossible." Y sin embargo, nos esforzaremos aún por salir de la sombra en busca de una luz, que si es humana, ¿quién sabe si no será más engañosa que la propia oscuridad? Es cierto que la razón, al indagar el significado de la belleza y en este caso de la belleza poética, amengua su esplendor al querer esclarecer esa penumbra que constituye su mayor fascinación. Pero si al terminar de leer una poesía "el alma se ilena de pensamientos sin nombre", el entendimiento, eterno buzo, seguirá sondeando la causa del "doloroso sentir"; el espíritu crítico, aun anonadando su gozo estético, buscará una significación a esta incógnita y encontrará una seguramente, si ha llegado a un concepto unitario del mundo y de la vida.

## II

Pero exageramos, pues muchas veces se ha querido dar una explicación de este sentimiento inexpresable; he aquí una de Maritain: "Cette divination du spirituel dans le sensible et qui s'exprimerait elle-même dans le sensible, c'est bien là ce que nous apelons poésie." Y ésta ha sido casi siempre la concepción que se ha tenido de ella: adivinación de lo espiritual en lo sensible; y la misión del poeta ha sido descubrir esa atmósfera ideal que aprisiona todas las cosas, mostrándolas a los ojos asombrados transfiguradas y embellecidas, ya que, según la frase de Santo Tomás, "las cosas son más bellas en el espíritu que en sí mismas".

Pero ¿qué será ese adivinar lo espiritual en lo sensible? ¿Significará, acaso, descubrir en las cosas una existencia más trascendente, mirando en ellas el signo de la divinidad? ¿O más bien, despojarlas de todo fin material e interesado, haciéndolas amables por sí mismas? Porque, si el alma levanta el vuelo de las cosas hacia lo suprasensible, perdiéndose totalmente en lo inmaterial, allí mismo desvanecerá toda poesía. Este ser alado huye de toda contemplación abstracta e intan-

gible; no puede vivir en lo simple; su esencia reside en una relación y su aliento se percibe cuando el espíritu se une indisolublemente con las cosas; es un flúido divino cuyo fuego brota cuando se ponen en relación el universo con el hombre. Su imagen no sería el carro incandescente, arrebatando al profeta hacia la celeste morada, sino un ángel, que en una mano sostuviera el hombre y con la otra soportara el mundo.

La poesía es, pues, traslación simultánea y equilibrada de lo ideal y lo real, y no sólo adivinación de lo espiritual en lo sensible, sino adivinación también de lo sensible en lo espiritual: no separación, sino unión admirable. Esta conjunción amorosa parece ser negada una vez más y ahora por Ortega y Gasset, cuando escribe en poesía y realidad: "No vemos, pues, cómo pueda sobre lo real extenderse el campo de la poesía; mientras lo imaginario era por sí mismo poético, la realidad es por sí misma antipoética." Pero contemplemos sólo la realidad, imaginemos sólo lo ideal y la poesía no acudirá a nuestra invocación; enlacémoslas, y el flúido poético saltará, fúlgido y repentino, divinizando ese cuerpo dúplice y embelesando la sensibilidad.

La poesía es un estado de alma que tiene su manifestación en el lenguaje; pero el verso no es más que un brillante atavío, aunque esta vez lo duda Goethe, cuando confiesa en poesía y verdad: "Yo tributo toda la honra que se les debe a la rima y al ritmo, que son los que hacen que la poesía sea poesía", aunque más tarde le dirá a Eckermann que "nadie se fija en que la verdadera fuerza y eficacia de una poesía está en la situación, en los motivos". Eso es; la poesía es un estado espiritual que suele brotar al contacto con las cosas, si el pensamiento es trasladado, sin desligarse de ellas a una contemplación armoniosa; por lo tanto, la poesía puede permanecer oculta e inexpresada y puede aún flotar sobre los colores de un cuadro, o envolver una estatua o cubrir con su niebla rosada unas ruinas. Goethe hablaba de los motivos y cita éstos, que él tomaba de unas canciones populares servias: "Lucha interior de un amante que tiene que conducir a su amada co-

mo novia de otro"; "preocupada por lo que haya sido de su amante, la amada no quiere cantar por no parecer alegre"; "el enamorado vuelve de países lejanos, observa a la amada durante el día y la sorprende de noche". Al imaginarnos estas graciosas situaciones, la fantasía percibe la melodía poética; y es que, en todas ellas, nos sorprende instantáneamente una traslación repetida del pensamiento, un ir y venir entre una imagen visible y una realidad oculta, pero presentida.

Mas esta traslación de la idea tendrá siempre que hacerse entre lo abstracto y lo tangible como categorías universales, entre el alma y el mundo, para que nazca lo poético? Afirmermos más bien que esta relación viva y llena de movilidad, que tiene la virtud de una ley, nos inspira también el sentimiento poético cuando junta las representaciones menos trascendentales; esa ley, que aparecerá vinculando las cosas y las imágenes más ligeras y frágiles, irá haciéndose más excelsa e imponderable a medida que se revele como lazo entre realidades más nobles; del mismo modo que las ondas concéntricas sonoras se alejan de un punto de percusión, renaciendo cada vez más amplias en el espacio inmenso.

Sobre estos dos polos: idealidad y realidad, gira el cosmos poético; pero en su seno se van reduciendo los espacios laterales, albergando otros mundos menos inmensos pero que reproducen una misma ley trascendental. El sentido poético es invariable y perpetuo; pero por constituir su ser una relación, puede reflejarse en incontables órdenes, del mismo modo que una gota de agua puede copiar el firmamento. Observemos que las imágenes de las cosas son cada vez más etéreas, si están más distantes en el espacio y en el tiempo, acercándose cuanto mayor es su vaguedad a una idealidad más pura, pues habrá poesía también, cuando la imaginación engarce una imagen presente y definida que aparece entonces como realidad tangible con una más lejana, que por serlo es más indefinida e ideal.

En ese extremo puede haber una variedad infinita de gradaciones y matices, desde las más firmes percepciones hasta

las más vagas e imprecisas, y esa relación íntima puede dirigirse hacia una abstracción cada vez más pura e inasible. Pero el poeta no dirá las cosas por su nombre árido, sino que expresará sus más profundas emociones a través de las cosas, cuando éstas y aquéllas guarden entre sí una analogía rítmica. El poeta nos habla de los senos de la adolescente enamorada; y sin mostrarlos en su morbidez humana, los hará ver en la albura de las magnolias, en el temblor de los luceros y en la dulce miel de los panales, como lo hace Casona en su romance. Y no nos dirá la expresión de los ojos y la belleza de las manos de la amada en una manera simple, sino a través de una exquisita perfección: "Írías a ser ciega que Dios te dio esas manos, — Írías a ser muda que Dios te dio esos ojos." Y no mirará el cielo en su eterna altura, sino en el fondo de la clara fuente, y entonces exclama: "Quiero lanzarme al agua para caer al cielo." Esa relación se hará más tenue: el poeta, evocando el amor lejano en la belleza de la tarde, canta: "aguda espina dorada, — ¿quién te pudiera llevar — en el corazón clavada!" Es Machado que se traslada al recuerdo. Y será más vaga en el poema de Baudelaire; el viajero, que no conoce patria ni familia, que aborrece el oro y que adoraría la belleza inmortal, dice: "Amo las nubes, las nubes que pasan por allá... las nubes maravillosas..." Y llegará a lo esotérico en el *Crepúsculo* de Eugenio de Castro: a Sagramor le preguntan "Muchas voces: Pide exquisitos, dulces placeres; — ser astro quieres, ser rey o qué? — vamos, responde, dime qué quieres." Sagramor: "No sé... No sé..." Y así, no ya en unos versos sino en un poema, como en el aniversario de George, el *Nocturno* de Silva, la *Balada de Fort*, *Coloquio sentimental* y *Claro de luna*, de Verlaine, y muchos más.

Por fin, la poesía no resplandece en la naturaleza, en cuya soledad sí puede morar lo bello; pero asistimos a su epifanía, cuando el hombre se pone en comunicación con la incommensurable creación. Ortega y Gasset afirmaba que la poesía y el arte se deshumanizaban; mas yo diría que la poesía es una deshumanización del hombre o una humanización del univer-

so; el espíritu reflejado rítmicamente en las cosas y éstas, a su vez, reproduciéndose en el hombre; he aquí la metáfora, expresión maravillosa de la poesía, tan esplendorosa que se dijo que ésta era el mundo traducido en imágenes. El origen de la metáfora lo buscaba un autor en el tabú de los pueblos antiguos, donde había ideas que no podían expresarse sino a través de símbolos, aunque sería más verdadero decir que esa figuración ha sido el patrimonio de los pueblos primitivos y por eso la poesía tiene un sabor ingenuo y remoto, pues fue entre los primeros hombres donde se estableció más íntimamente ese concierto de lo humano y lo cósmico.

En la poesía resalta ese acuerdo del hombre, es decir, el espíritu con lo exterior, y en ella se muestra esa estrecha correspondencia de las leyes supremas que gobiernan el universo, leyes inmutables que atraviesan los astros y traspasan las almas y las leyes divinas que rigen nuestro existir, haciendo coincidir el movimiento siempre renaciente de la creación y los estados afines de nuestra conciencia.

Mas ese ente poético debe tener una forma y ésta ha sido histórica; forma que ha seguido el ritmo de la humanidad, y la tendencia y el curso de una época han orientado su expresión, así como el ambiente y la manera de un pueblo, sus inquietudes y aspiraciones, señalarán y marcarán el rumbo de este trasladarse y retornar del alma ante las cosas.

### III

¿Y el sentido poético? Esta relación amorosa de donde nace la luz poética; este reflejar nuestra amada en las cosas más bellas de la tierra y nuestras pasiones más ardientes en la agitación de los elementos naturales y nuestro gozo y juventud en la naciente primavera, y nuestra melancolía en la evanescente tarde otoñal, y el apagarse de nuestra vida en el extinguirse de los astros; este buscar a las realidades del mundo una correspondencia en nuestro interior; este reproducirse mutuamente el mundo visible y nuestro espíritu es una coexistencia serena y bella, no terminará aquí. De esta ley

poética emanarán ondas de luz que unirán en una eterna euritmia todas las graduaciones de lo sensible y lo ideal, despidiendo belleza dondequiera que pueda realizarse esta armonía; y estos dos extremos crecerán indefinidamente en una perfección más pura que realizarán el sentimiento de una poesía infinita.

El alma ha buscado en todos los instantes de la existencia, como el hombre ha perseguido en todas las épocas, un término con el que pueda coincidir en esa suprema armonía, y no lo ha encontrado. Los círculos concéntricos que despide esa ley poética se van alejando temblorosos en el espacio insondable; hacia allá corre la imaginación y hacia allá se siente llevado nuestro ser en un doloroso anhelo.

El espíritu ha comprendido que la belleza ante todo es armonía y ha escuchado también las melodiosas palabras de Platón: "En todo caso hay que tender hacia la belleza y sufrir por ella cuanto sea dable sufrir." Y ha sufrido; al vislumbrar ese ritmo existente en un orden que él creía el último, se siente arrastrado cada vez más lejos y no reposará sino cuando se suma en la plenitud de una armonía única y última.

Es la tragedia poética que hacía exclamar a Goethe en el prólogo del Fausto: "Y así vacilo y paso del torbellino del deseo al goce y en el seno del goce, languidezco después del deseo." Pero esta ansiedad oscura se irá iluminando con un resplandor más sereno y más diáfano. Ya no es Goethe: es Fausto, que a través de la ciencia, del goce, de la acción, de la belleza y del amor humanos, "buscará una actividad más pura y más alta hasta el fin".

Esa melodía oculta e inefable que nos susurra el ángel de la poesía, el alma la escucha absorta y embelesada con el divino secreto, acaso nuestros oídos lleguen a percibir las palabras que salieron de los labios moribundos de Ricardo I, en la tragedia shakespeariana: "¡Asciende, asciende, alma mía! Tu trono está en lo alto..."

Rafael Osorio R.

## REFLEXIONES SOBRE EL TEATRO EN ESPAÑA E INGLATERRA

El maestro Baldomero Sanín Cano en una conferencia que dictó en el Instituto Colombo Británico sobre Inglaterra dijo, entre otras cosas, que la literatura inglesa está impregnada de comicidad y como ejemplo citó las obras de Shakespeare, de Dickens y de Thackeray, y añadió que los pocos escritores cómicos que ha habido en la literatura castellana, como Cervantes, Larra, Galdós han sido más bien obra de la casualidad y no reflejos de una característica de ella.

La comicidad de la literatura castellana muchas veces inspira lástima más bien que risa. ¿Quién se puede reír de los apuros y accidentes de Don Quijote? ¿Quién no ve debajo de los chistes y de los disparates de *El castellano viejo* la amargura y la tristeza que anidaban en el alma del malhadado Fígaro? Hay escenas cómicas en *Misericordia* y *La de Bringas* pero no bastan para ocultar la miseria y la pobreza de la España del siglo XIX. En cambio las grandes escenas cómicas de la literatura inglesa no dejan ese sabor amargo en la boca; como por ejemplo la escena del portero en *Macbeth* y las de los obreros de *El sueño de una noche de verano*. La explicación, creo yo, consiste en que los autores ingleses no tratan de mezclar lo serio y lo cómico, y los españoles, sí. Si tomamos como ejemplos dos comedias, una española y una inglesa, podremos apreciar mejor la diferencia entre el punto de vista de escritores de las dos naciones.

En *El sueño de una noche de verano* hay dos argumentos completamente distintos, el uno que cuenta los amores de unos cortesanos residentes en Atenas, y el otro las aventuras de un grupo de obreros encabezados por Bottom, una figura alta-